

españoles, lo mismo que los guerreros tlaxcaltecas, se ocuparon en repartirse de los despojos dejados por el enemigo y celebraban cantos de victoria.

La batalla de Otumba, Otompan, dada el 14 de Julio de 1520, fue una de las más notables para las armas españolas. El día anterior, cuando los mejicanos habían destruido el campamento de Cortés en la tumba de los señores de Texcoco, Cortés creyó que allí tenía que dar la batalla decisiva al caudillo castellano. Los españoles formaban un cuadro de batalla que los mejicanos formaban un cuadro de batalla. Los mejicanos eran numerosos y se batieron con valor. Las cortas de la noche anterior, la falta de comida y la fatiga de los españoles, fatigados de luchar de continuo por las montañas, sin haber conseguido el triunfo deseado, y los mejicanos, que habían adquirido, contaban, es cierto, en me-

... en señores señalados: ... y fleras armas y divisas.

(1) ... que salieron del territorio mejicano el día 8 de Julio, ... que se cometió un error en la edición. ... la fecha que pone corresponde con los días que se estuvieron sitiados, dice: y fue esta memorable batalla de Otumba a los tres días de Julio.



H.M. Batalla de Otumba.

J. Párras - Editor

dio de esas notables desventajas, con la superioridad en la táctica, con la disciplina que forma la fuerza de los ejércitos, y con la confianza en su general. Sin embargo, no podían compensar estas tres circunstancias, las ventajas que se hallaban de parte de sus contrarios. Los españoles hubieran perecido sin remedio, á no haber contado mas que con la superioridad de la táctica, la disciplina y la confianza en su jefe. En esas mismas condiciones, habrían sucumbido bajo el mando de cualquiera otro general. Se necesitaba un genio como el de Cortés para superar las dificultades y hacer cambiar en risueña la adusta faz de la fortuna. Su imaginacion, fecunda en recursos, se fijó en un punto en que nadie se hubiera detenido, y vió el triunfo donde otra habria creído encontrar la derrota. Era un hombre extraordinario que sabia aprovecharse de lo que para una persona de inferior inteligencia no tendria importancia ó pasaria desapercibido.

No hay un solo historiador que no ensalce el hecho heroico de Hernan Cortés, que dió por resultado la brillante victoria alcanzada en ese dia. Sin embargo, hay otra cosa no menos de elogio en Cortés, que la notable accion que le proporcionó el triunfo: la modesta y concisa manera con que da cuenta de ese importante hecho al emperador Cárlos V. Nada habla de sí, ni hace el mas leve mérito de las disposiciones que tomó en el combate. Se concreta á decir sencillamente «que la lucha duró hasta que la Providencia dispuso que muriese una persona principal del ejército contrario» (1). La sencilla y modesta relacion de

(1) «E con este trabajo fuimos mucha parte del dia, hasta que quiso Dios

Cortés, tiene, por desgracia, pocos imitadores en los hombres que figuran al frente de los ejércitos.

El jóven y valiente caballero Juan de Salamanca, alcanzó tambien una honrosa distincion, que entonces se estimaba en mas que todas las riquezas. El emperador Carlos V le concedió el privilegio de un escudo de armas para su casa. En él se ostentaba un penacho, en memoria del que coronaba el estandarte mejicano, de que se apoderó dando muerte al general Cihuaca.

A veinte mil hombres hacen subir la pérdida de los mejicanos, los historiadores que han descrito la batalla de Otumba. No determinan número ni Cortés ni Bernal Diaz; pero debe suponerse que fueron grandes sus bajas, atendido el valor con que lucharon y el desorden introducido en sus escuadrones al perder el estandarte.

Muchos fueron tambien los muertos y heridos que tuvieron las tropas españolas. En vano algunos escritores han procurado ocultar sus pérdidas. «¡Y qué herir y matar hacian en nosotros con sus lanzas y macanas y espadas de dos manos!» dice Bernal Diaz. Estas palabras del franco veterano historiador que se halló en la lucha, manifiestan que en las filas españolas hubo notables bajas.

La cifra de los muertos tlaxcaltecas fué tambien bastante alta. El esfuerzo y valor de las tropas de la república amiga, llamaron la atencion de los españoles, que les prodigaron grandes y justos elogios. Entre los jefes que las mandaban, se hizo notable Calmecahua, capitan de

que murió una persona dellos, que debió ser tan principal, que con su muerte cesó toda aquella guerra.»—Seg. carta de Cortés.

esforzado aliento y de fuerza prodigiosa. Cuando se bautizó tomó el nombre de Antonio. Si notable logró hacerse por su valor, no se hizo menos por su prolongada vida, pues murió á los ciento treinta años.

Hernan Cortés, despues de que los soldados españoles y tlaxcaltecas recogieron algunos despojos del ejército vencido, les llamó á formar para continuar la marcha.

Reunidos todos y contentos del feliz éxito del combate, tomaron el camino de Tlaxcala por la parte oriental de la llanura. A la caída del sol llegaron á un *teocalli* que se encontraba en el llano. Hernan Cortés alojó en él á los heridos, enfermos y tropa que cupo, quedando el resto del ejército en el campo.

Desde allí se descubrian ya las altas sierras pertenecientes á la república de Tlaxcala. El placer de los guerreros tlaxcaltecas era indescriptible al ver las elevadas montañas de su patria, á donde tenian sus padres, sus hijos, sus hermanos, sus esposas y sus amigos. Se hallaban á corta distancia del suelo que les vió nacer, donde habian pasado los juegos de la infancia, y la emociion de placer que inundaba sus corazones les hacia olvidar el hambre, el sueño y el cansancio.

No era menor el regocijo de los españoles al ver la tierra hospitalaria de sus valientes aliados; pero este regocijo se hallaba mezclado de temor y de duda terribles.

Volvian huyendo, sin artillería, sin municiones, enfermos, heridos y estropeados. Acababan de ganar, es cierto, una gran batalla; pero, sin embargo, se veian precisados á salir del territorio del imperio azteca. Al verles destrozados, sin recursos y desfallecidos de hambre, podian mani-

festarse hostiles para no provocar una guerra con los mejicanos, y dar fin á los restos que se salvaron de la Noche Triste.

Este era el pensamiento que preocupaba á los españoles al descubrir las montañas de la república tlaxcalteca (1).

Hernan Cortés, aunque dominado por la misma idea, meditaba en los medios de superar los obstáculos que pudieran presentarse, sin abandonar jamás el pensamiento de dar cima á la empresa comenzada. Nada habia que arredrase su animoso corazon, ni hiciese desmayar su espíritu extraordinario.

Cuando la noche tendió su negro manto envolviendo en sombras la tierra, el infatigable caudillo español, olvidándose de la fatiga del dia y sin hacer caso de sus heridas, permaneció en vela, recorriendo todos los puntos avanzados y recomendando á los centinelas la incesante vigilancia.

Acababa de alcanzar una gran victoria, y sin embargo vigilaba como si el enemigo hubiese quedado triunfante.

Era el cauto general que no descuidaba jamás sus deberes.

Primero en el mando, queria serlo tambien en la fatiga y en el cumplimiento de su obligacion.

Un profundo silencio reinaba en la inmensa llanura.

(1) «Y ya desde allí se percibían ciertas sierras de la provincia de Tascaltecal, de que no poca alegría llegó á nuestro corazón... aunque no estábamos muy satisfechos de hallar los naturales de la dicha provincia seguros y por nuestros amigos; porque creíamos que viéndonos ir tan desbaratados, quisieran ellos dar fin á nuestras vidas.»—Seg. carta de Cortés.

Los soldados españoles y tlaxcaltecas recuperaban en el sueño sus fuerzas.

Hernan Cortés, de pié sobre el átrio superior del *teocalli* en que habia colocado una guardia, dirigia la vista hácia la campiña, que se encontraba envuelta en la oscuridad.